

Los jardines de Moctezuma

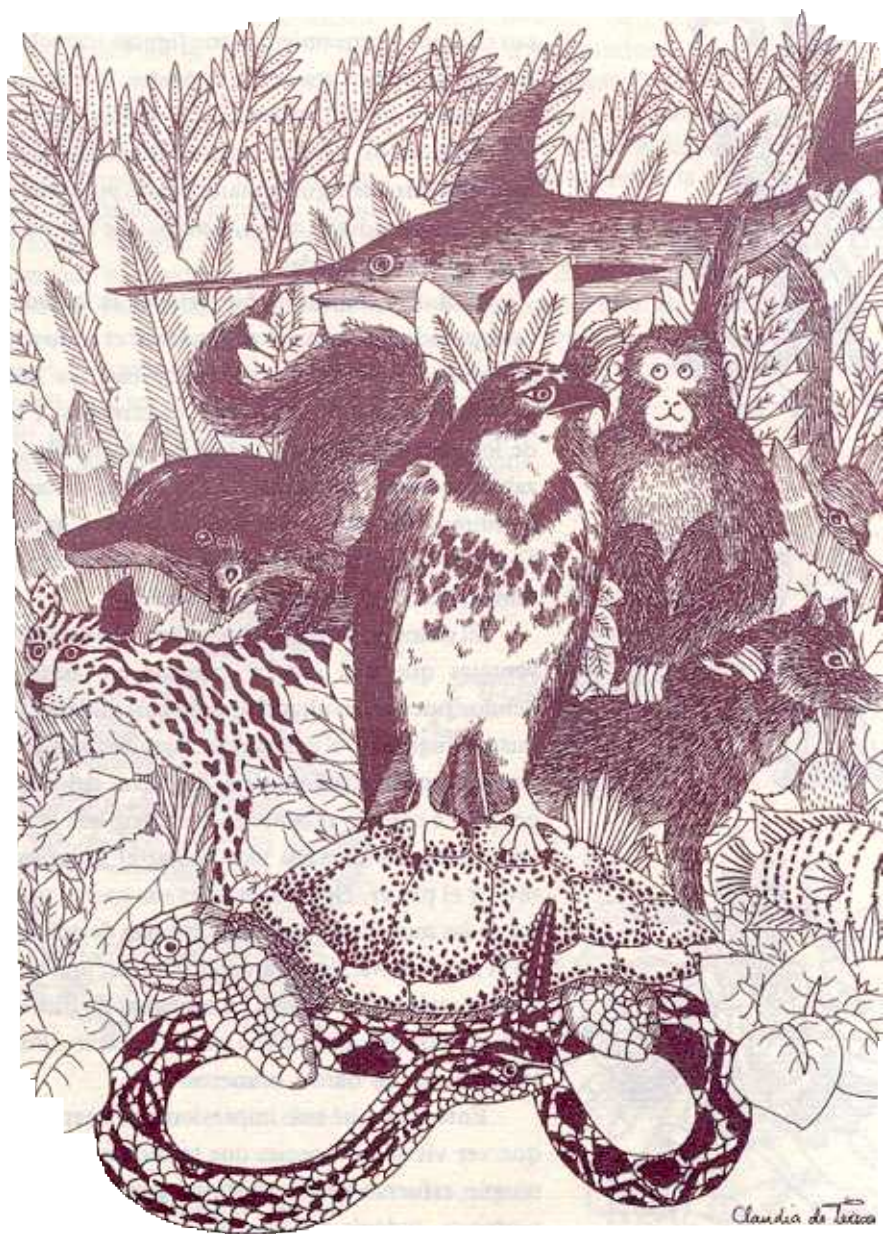
El zoológico mexicano más antiguo

Aquiles Cantarell

Cuando esta publicación me pidió escribiera sobre el zoológico que alguna vez existió en el bosque de Chapultepec durante la época prehispánica, pensé que sería una tarea relativamente sencilla e incluso agradable. Por supuesto, me remití a las fuentes clásicas de los siglos XVI y XVIII: Bernal Díaz del Castillo, Hernán Cortés, fray Toribio de Benavente, Francisco Javier Clavijero y otros. Grande fue mi sorpresa al descubrir que estos cronistas e historiadores, que participaron o recopilaban la información referente a las características de la grandeza de la cultura mesoamericana, confirieron escasa importancia a este tema: todos parecían abrumados por las maravillas que desfilan ante sus ojos al visitar la ciudad de México-Tenochtitlan. Su incapacidad de descripción los lleva irremediablemente a confundir y mezclar los diferentes y exóticos animales, encerrados en espacios diseñados especialmente para albergarlos junto con las diferentes plantas y flores de los jardines botánicos que existían en varios puntos de la ciudad, asentada sobre el agua, y que servían como lugar de esparcimiento a los señores mexicanos.

Entre flores, plumas y embelesos

Para ellos, los animales, aves y peces ahí presentes eran meros elementos de la escenografía del poder y riqueza ostentada por los tlatoanis. A los



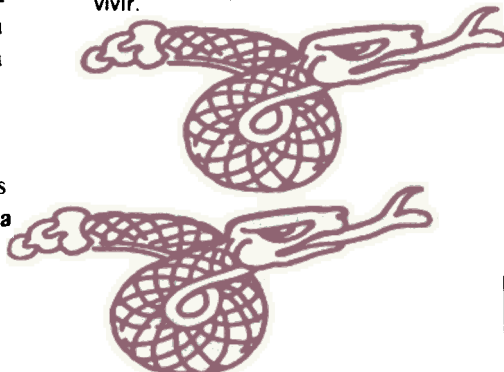
españoles daba lo mismo que se tratara de un venado o un berrendo, un loro que una cacatúa, su principal preocupación residía en las lanzas y las rodela, y no en admirar, por ejemplo, las numerosas variedades de peces de agua salada que adornaban estos jardines, tan lejos de mar.

Don Hernando Cortés, en su segunda carta de relación enviada al emperador Carlos V —quizá la más larga de todas (unas 40 000 palabras), y que incluye un plano de la ciudad de México atribuido al autor—, describe las maravillas de esta región, haciendo referencia a uno de los numerosos jardines distribuidos en la ciudad, propiedad de los señores o tlatoanis. La descripción corresponde a un jardín emplazado en Iztapalapa; seguramente era muy parecido al que se encontraba en Chapultepec y que pertenecía al huey tlatoani Moctezuma:

“Tiene una muy grande huerta junto a la casa, y sobre ella un gran mirador de muy hermosos corredores y salas, y dentro de la huerta una muy grande alberca de agua dulce, muy cuadrada, y las paredes de ella de gentil cantera y alrededor de ella un andén de muy buen suelo ladrillado, tan ancho que pueden ir por él cuatro paseándose; y tiene de cuadra cuatrocientos pasos, que son el torno mil y seiscientos; de la otra parte del andén hacia la pared de la huerta va todo labrado de cañas con unas verjas, y detrás de ellas todo de arboledas y hierbas olorosas, y dentro de la alberca hay mucho pescado y muchas aves, así como lavancos y zarzetas y otros géneros de aves de agua, tantas que muchas veces casi cubren el agua.”

Culebra cincuate busca empleo

Yo soy la cincuate (*Petuophis deppei*) y ando a la caza de una chamba. Soy el terror de las ratas y ratones, pero es a mí a quien persigue la injusticia humana; la verdad es que no entiendo la razón, pues ni siquiera soy venenosa. Si se interesan por mi trabajo, no es necesario buscarme, sólo déjenme vivir.



Compro terreno

Soy conocido como el jaguar, pero mi nombre es *Felis onca*, soy nativo del sureste mexicano. Me urge adquirir algunas tierritas, porque las que tenía se las están acabando los talabosques y la gente sin conciencia. Entre desforestadores y cazadores están poniendo fin a la vegetación y a los animalitos y no me están dejando nada que comer. Además de faltarme la comida, no tengo ya donde esconderme de los comerciantes de pieles. Necesito territorio para salvar el pellejo.



Pavón solterón busca novia

Yo soy una de esa aves a la antigua y estoy terriblemente solo en el Zoológico Miguel Álvarez del Toro (Xoomat), de Tuxtla Gutiérrez Chiapas. Si alguien sabe de una verdadera hembra que pueda ser de mi categoría, es decir, de mi especie (*Oreophasis derbianus*), no dude que seré muy buen marido.

Definitivamente, esta es una descripción muy pobre de la riqueza faunística y vegetal que adornaba los jardines de los señores mexicanos, no bajo la idea del coleccionista europeo del Renacimiento, sino como una forma de mantener el contacto con la naturaleza, la cual conocían en parte. Los mismos conquistadores llegaron a confundir estos jardines con un circo permanente, en donde lo mismo se reunían animales raros que fenómenos humanos.

Huéspedes honorarios de la realeza

Por su parte, Francisco Javier de Clavijero, al describir la magnificencia en que vivía el emperador azteca, apunta:

“Además de este palacio tenía otros dentro y fuera de la capital (...), tenía viviendas para sus consejeros y ministros, y para todos los oficiales de su casa y corte.

“Dos casas tenía para animales. En una, destinada a las aves, había muchas cámaras y corredores sostenidos sobre columnas de mármol de una pieza. Estos corredores tenían la vista a una gran huerta en que había repartidos entre arboledas diez hermosos estanques, unos de agua dulce para los peces de ríos y otros de agua salobre para los de mar. En ellos se mantenían innumerables especies de aves acuáticas, y en lo restante de la casa todas las demás del aire que eran tantas y tan diversas que los primeros españoles que las vieron quedaron asombrados, dudando si habría en el mundo especie alguna de aves que ahí no se viera.”

Sin embargo, este placer no terminaba ahí. Los mexicanos conocían a la perfección las

costumbres alimentarias de cada uno de los animales que mantenían en cautiverio, así como sus necesidades cotidianas, por lo que podían ofrecer y garantizar el bienestar de cada habitante de dichos jardines. Nuestro autor afirma:

“A cada especie se suministraba el mismo pasto de que se mantenía en tiempo de su libertad. A unas se daban moscas, a otras semillas, a otras sabandijas y así a las demás.”

Para poder mantener y cuidar a todos estos huéspedes, el emperador contaba con un ejército de servidores especializados en atender a cada especie en particular. Pero además gran cantidad de cuidadores se encargaban de mantener limpios los espacios ocupados, ya fuese en tierra como en los estanques; eran expertos en alimentar a las crías y en cuidar los huevos hasta su eclosión, para ayudar, si era necesario, a salir a los polluelos. También se recolectaban las plumas de estas aves para elaborar con ellas los famosos trabajos de plumería; recordemos que ésta era una de las actividades más lucrativas y respetadas del mundo prehispánico.

Aves de rapiña locales y extranjeras

Existía un espacio dedicado especialmente a las aves de rapiña; allí era posible encontrar desde el águila real hasta el cernicalo (el miembro más pequeño de la familia de los falcónidos), ya que dichas aves eran muy estimadas por su carácter simbólico dentro de la cultura mexicana.

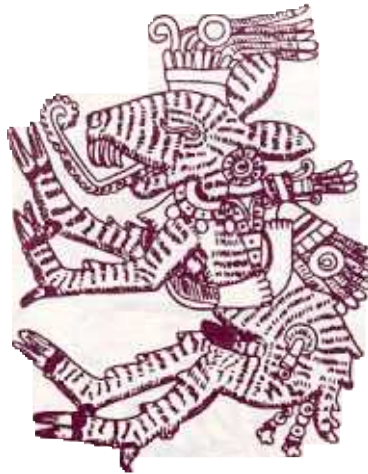
Por ejemplo, sólo las águilas podían ver de frente el sol y por lo tanto tenían el derecho a acompañarlo en su andar por los cielos.

Las aves eran alojadas en

cámaras subterráneas. La mitad de cada una de estas habitaciones estaba enlosada, con espacio suficiente para que pudieran volar sus ocupantes. Para alimentarlas, cuentan las fuentes, se sacrificaban diariamente 500 guajolotes.

En ese mismo sitio, muchas veces sin los límites de una jaula de madera, también se destinó un espacio a los mamíferos carnívoros; leones, tigres, coyotes, lobos, gatos monteses y otros más, que eran alimentados con la carne de ciervos, conejos, liebres y las entrañas de los animales y humanos sacrificados. Continúa Clavijero:

“No solamente mantenía Moctezuma estas castas de animales que muchos príncipes mantienen por grandeza, sino aun otras que



Colonos de los volcanes son desalojados

Los conejos teporingos o zacatuches (*Romerolagus diazi*) corren el peligro de quedarse definitivamente sin casa, pues ya han sido desalojados en buena parte de sus hábitats con lujo de violencia por grupos humanos que lanzan consignas contra la naturaleza. El Popo, el Izta y el Ajusco han sido durante siglos sus moradas. La Unión de Zacatuches “Tierra y Libertad” clama justicia.

por su naturaleza parecen exentas de la servidumbre, como los cocodrilos y las serpientes. Las serpientes de varias especies estaban en cubas y vasijas grandes y los cocodrilos en estanques cercados.”

Sin embargo no bastaba un solo lugar para contener a todas las especies y ejemplares que poseían. Por ello existían varios centros similares al descrito. Quizá el más conocido se localizaba en el Peñón de los Baños y no, como se cree, en Chapultepec (el más famoso que visitó Cortés fue el de Iztapalapa). En cuanto al zoológico del Cerro del Chapulín, se conservó incluso después de la destrucción de la ciudad, pues desde entonces se destinó al esparcimiento, primero de los virreyes, luego de los emperadores, después de los presidentes y ahora del pueblo de México.

Placer y conocimiento naturales

Los jardines servían no sólo para el descanso de los señores. Allí también se realizaban investigaciones sobre las cualidades de las plantas que ahí se cultivaban y, sin duda, estudiaban las costumbres de los animales en cautiverio. Antonio de Herrera afirma que:

“Motecuhzoma mandaba a sus médicos hiciesen experiencias de aquellas ciervas y curasen a los Caballeros de su corte, con la que más tuviesen conocidas, i experimentadas.”

Los emperadores mexicanos no se limitaban a cobrar tributo bajo la forma de este tipo de especies. Incluso eran capaces de ir a la guerra con tal de conseguir algunas plantas codiciadas, como es el caso del árbol de hermosas y olorosas flores llamado *tlapalizquioxóchitl*, característico de Tlachquiuhco (Tlaxiaco, Oaxaca),